

SESION INAUGURAL

celebrada el dia 30 de noviembre de 1845

PARA LA INSTALACION PUBLICA Y SOLEMNE

DE LA

SOCIEDAD MATRITENSE

de socorros mútuos

DE ALUMNOS MÉDICO-CIRUJANOS.



MADRID:
Imprenta de **Sanchiz**, calle de Jardines núm. 36.
1845.



Imp. de Rafael G. Menor



MEMORIA HISTORICA

DE LA

SOCIEDAD MATRITENSE

DE SOCORROS MUTUOS

DE ALUMNOS MÉDICO-CIRUJANOS,

LEIDA EN EL DIA DE SU INSTALACION PÚBLICA

POR D. ANASTASIO GARCIA LOPEZ,

Secretario primero de dicha Corporacion, Socio de número de la Academia de Esculapio y Alumno interno de la Facultad de medicina de esta corte.

SEÑORES:

Aun no hace un año que un alumno farmacéutico, practicante en la botica de los hospitales generales, permaneció algunos meses en la clínica de la facultad de esta corte: una tísis le tenia postrado en una cama, á la que de vez en cuando se acercaba algun amigo: el infeliz sucumbió víctima de su enfermedad terrible; y su cadáver fuè conducido á la sala de diseccion para servir de objeto á la enseñanza pública. Ya aquellos restos yacian tendidos sobre la mesa anatómica, ya el escalpel se habia hundido en sus carnes y la sierra surcaba por su cráneo, cuando unos amigos, reconociendo aquellos despojos, los recogieron, los separaron de aquel lugar, y dieron sepultura al cadáver destrozado.

Poco tiempo despues, tuvo lugar otro acontecimiento capaz por sí solo para hacer fermentar el deseo de una asociacion como la que hoy se inaugura. Un discípulo de 5.º año de medicina y cirujía que por primera vez se hallaba en esta corte, muy distante de su familia, y con

un limitado círculo de amigos, murió casi repentinamente. El poco tiempo que duró su enfermedad, no fué bastante ni para noticiarla á sus padres, ni para que la amistad pudiera rodear el moribundo lecho. Algunos de sus condiscípulos imploraron la caridad cristiana para honrar algun tanto el inerte cuerpo del malogrado jóven.

Desde este dia se despertó en todos los alumnos el sentimiento que habia de llevar en pos de sí resultados tan ventajosos; desde este dia puede decirse que data el origen de la Sociedad, porque en él empezó á correr de boca en boca este sagrado nombre, y se dejó sentir con mas imperio que nunca la falta que hacia estar unidos fraternalmente. Este pensamiento no es debido al acaso, no es tampoco el resultado de cálculos especulativos; es, sí, una inspiracion religiosa; es la consecuencia de las afecciones mas puras en que la mente humana se deleita; es la espresion de los mas sublimes sentimientos que el hombre puede concebir; es, en fin, el cumplimiento esacto de la doctrina evangélica.

El último acontecimiento que he referido, tuvo lugar por el mes de febrero del presente año, època en la que se abrió una lista para que se inscribieran en ella los alumnos que deseasen contribuir á la instalacion de una sociedad, cuyo objeto fuera protegerse mútuamente. El dia 2 de marzo, habièndose ya inscrito 102 individuos, se celebró la primera reunion en la escuela normal; y se leyó un proyecto de reglamento para que los alumnos médico-cirujanos no careciesen en sus enfermedades de cuanto necesario fuese para su curacion, y conducir al cementerio de un modo decoroso el cadáver del asociado que tuviere la desgracia de fallecer. Se emitieron pensamientos, unos muy acertados que han producido ventajosas consecuencias; otros dificiles de conseguir quizá, pero generosos, filantrópicos, sociales en alto grado, y dignos de admiracion y de elogio.

Se conceptuó oportuno nombrar provisionalmente una Junta Directiva para que examinara las bases que en este dia se presentaron y formulase un proyecto de reglamento con las variaciones que creyera deber introducir. Esta junta pudo complacerse de ver á su frente al Dr. D. Pedro Mata, tan celoso y amante de la juventud, con el cargo de director-protector de la Sociedad que tan dignamente sigue desempeñando. La junta no desmintió el voto general

que la habia elegido; trabajó con entusiasmo y con empeño, y correspondió á la confianza que se le habia depositado. El 20 de abril sometió el reglamento á la deliberacion de la Sociedad, y discutido que fuè quedó autorizado para ponerle en ejecucion. Entonces tomó disposiciones muy idóneas para ver constituido por fin un cuerpo, del que no podian menos de esperarse venturosos resultados. Se invitó á los señores catedráticos y agregados de la facultad para que coadyuvasen á elevar y sostener el edificio que sus discípulos estaban cimentando: y con efecto pocos hubo que dejáran de dar una prueba de estimacion y de satisfacer á las esperanzas que acerca de su cariño paternal concebidas se tenian; pocos hubo que no se apresurasen á ofrecer no sólo sus conocimientos científicos para favorecer con ellos á los socios enfermos, sino toda clase de proteccion, toda suerte de apoyo. Con su bondad, con su celo y su deferencia se han hecho cada vez mas dignos del aprecio de sus discípulos; y no puedo menos de tributarles hoy un voto de gratitud, porque con ello espreso el sentimiento general de esta corporacion.

El dia 1.º de mayo la Sociedad quedó organizada, y se apresuró á poner vigente su reglamentó aun antes de que recibiera la sancion del gobierno, con objeto de que sus individuos pudieran ya gozar de los beneficios que se prometen en sus artículos.

Estos estatutos, aunque en cierto modo basados sobre el primer proyecto que se presentó, estaban mucho mas ampliados. Por éste dejábase de atender á ciertas enfermedades; por aquellos se quita toda escepcion; y habiendo muy juiciosamente conocido que ora los estados morbosos ofrezcan una marcha aguda ó crónica, ora su causa sea de esta ó de la otra naturaleza, siempre es una enfermedad que constituye al hombre en una posicion que le hacen necesitar de sus semejantes para que le tiendan una mano benéfica, la *Sociedad Matritense de socorros mútuos de alumnos médico-cirujanos* no vé en las circunstancias aflictivas de la vida otra cosa que necesidades que socorrer, y dó quiera que encuentra una víctima allí se aproxima para salvarla, allí ejerce su elevado ministerio. Pero no se limita esta asociacion á proteger al infortunado cuando yace en el lecho del dolor, y á honrar la memoria del que falleciere. En sus estatutos se halla consignada otra mira no menos grande, cual es procurar la posible

asistencia y bienestar de los que por causas no infamantes sean reducidos á prision.

A fin de llenar cumplidamente sus objetos la Sociedad está organizada con suma sencillez, en términos que sin demora alguna se prestan toda clase de ausilios al que los reclama. Para ello un vocal de la junta directiva está diariamente de servicio, que religiosamente vigila por la Sociedad, ocurre á cualquier accidente, visita á todos los enfermos, dispone que sean asistidos con el mayor esmero, avisa al facultativo que el paciente le designa, y nombra, por fin, cada veinticuatro horas tres consocios para que no se separen de aquel amigo á quien deben prestar sus ausilios físicos y morales. Si alguno tuviese la desgracia de ser conducido á una prision, el vocal dispone tambien que sin tardanza se le separe de la multitud de criminales con quien pudiera estar confundido, y se le facilita un local decente proporcionado á su clase. Sus hermanos no le abandonan en esta infortunada mansion; le prodigan sus cuidados, sus atenciones, su cariño fraternal; y si cae enfermo es asistido del mismo modo tan solo con las modificaciones que su estado haga indispensables.

Luego que la junta provisional hubo cumplido su mision, fué elegida otra que ha desplegado no menos celo que la primera. Instaló una clase de socios con el título de *protectores*, entre los que se digna contar el escelentísimo señor gefe político y ayuntamiento de Madrid: sometió sus estatutos á la deliberacion del primero, y la junta directiva se gloría de haber obtenido su sancion con fecha 30 de agosto en el documento cuya copia he creido deber aquí consignar, dice así: «*Gobierno político de la provincia de Madrid.*—He visto con la mayor satisfaccion los estatutos de esa Sociedad que me ha remitido V. en oficio de 27 del actual, y penetrado de los beneficios que debe reportar el pensamiento que en ellos se manifiesta, no puedo menos de aprobarlos y elogiarlos; dando á esa corporacion las mas espresivas gracias por haberme nombrado socio protector, cuyo cargo acepto gustoso.»—*Fermin Arteta.*—«Sr. secretario de la Sociedad Matritense de socorros mútuos de alumnos médico-cirujanos.»

Si á todos los elementos de estabilidad que hemos referido, si á esta sancion obtenida del ilustrado gobierno añadimos la opinion pública, el espíritu de la prensa rela-

tivamente á nuestro instituto, no podrá menos de concedérsele una larga vida, una existencia imperecedera. El Boletin de medicina y cirujía, la Gaceta Mèdica, el Eco del Comercio, el Heraldo, el Español, y otros muchos periódicos se han ocupado en ecsaminar nuestros estatutos, y todos los han elogiado, porque la virtud es acatada en todas partes y en todas las circunstancias.

Pero los pensamientos consignados en este reglamento serán una de tantas cosas que en teoría forman un conjunto agradable, mas cuya realizacion se hace imposible? Aun cuando para demostrar lo contrario no fuera suficiente cuanto llevo espuesto acerca de la organizacion de la Sociedad; las atenciones que ya he tenido que cumplir bastarian para desterrar toda suerte de duda. Felizmente no tiene aun que lamentarse de haber perdido ningun socio; puede complacerse de que no ha tenido necesidad de ejercer su ministerio sagrado en casos de prisiones; pero ha habido enfermos á quien acudir, alguno á quien padecimientos graves aquejaban, y en estos casos se han visto los estatutos fielmente cumplidos: la ejecucion esacta, pronta y sencilla de cuanto previenen, correspondió fielmente á las ideas que ya se tenian concebidas.

La Sociedad, pues, se halla organizada del todo; ecsiste de una manera legal; sus cimientos se hallan en el corazon generoso de una juventud ilustrada, por lo que serán sólidos é indestructibles; cuenta medios para subsistir de una manera muy estable; á pesar de los muchos gastos que se le han ocurrido como á toda corporacion en su infancia, ha podido llenar todas sus atenciones, y en la la actualidad le sobran fondos para ocurrir á los accidentes que pudieran acaecer; tiene á su frente al escelentísimo señor gefe político, al Excmo. ayuntamiento, á su celoso Director, y otro escogido número de personas de grande valimiento interesados en sostenerla.

He presentado el origen de la Sociedad, la marcha que ha seguido en su desarrollo, y la altura á que hoy se halla colocada. Si ahora raciocináramos sobre todos estos elementos atendido el carácter de la clase por quien la corporacion está constituida, al espíritu del siglo, y á las ideas dominantes entre la juventud, pudiéramos deducir fácilmente la suerte futura de la Sociedad que hoy inauguramos.—*He dicho.*

Madrid 30 de noviembre de 1845.

Sin embargo á nuestro instituto, no podrá menos de concedersele una larga vida, una existencia imperecedera. El Boletin de medicina y cirujía, la Gaceta Médica, el Eco del Comercio, el Heraldo, el Español, y otros muchos periódicos se han ocupado en examinar nuestros estatutos, y todos los han encomiado, porque la virtud es acatada en todas partes y en medio las circunstancias.

Pero los pensamientos contenidos en este reglamento serán uno de tantos casos que en teoría forman un conjunto agradable, mas cuya realizacion se hace imposible? Aun cuando para demostrar lo contrario no fuera suficiente cuanto llevo espuesto acerca de la organizacion de la Sociedad; las atenciones que ya ha tenido que cumplir bastarian para destruir toda sombra de duda. Felizmente no tenemos aun que lamentarnos de haber perdido ninguna vida [illegible] lo que no ha tenido necesidad de ejercer su ministerio [illegible] en casos de [illegible]; pero ha habido así como á quien asistir, alguno á quien [illegible] gratis [illegible], y en estos casos se han visto los facultativos [illegible] prontitud, esmero y [illegible], correspondiendo perfectamente á las ideas que se [illegible] consignadas.

La Sociedad, pues, se halla [illegible] del todo; existe de una manera legal; sus estatutos se hallan en el [illegible] de toda la [illegible] ilustrada, por lo que serán sabidos é [illegible]; cuenta medios para subsistir de una manera muy segura, á pesar de los muchos gastos que se le han ocurrido como á toda corporacion en su infancia, ha podido llenar todas sus atenciones, y en la actualidad le sobran fondos para ocurrir á los accidentes que pudieran ocurrir; tiene á su frente al escelentisimo señor [illegible], y otro crecido número de personas de [illegible] en [illegible].

He presentado el origen de la Sociedad, la marcha que ha seguido en su desarrollo, y le afirma de que hoy se halla [illegible]. Si ahora reconcentramos sobre todos estos elementos [illegible] el carácter de la clase por quien la corporacion está constituida, el espíritu del siglo y á las ideas dominantes entre la juventud, podremos deducir facilmente la suerte futura de la Sociedad que hoy inauguramos.—He dicho.

Madrid 30 de noviembre de 1845.

LISTA

de los individuos que componen la Sociedad matritense de socorros mútuos de alumnos médico-cirujanos.

Socios protectores.

DIRECTOR–PROTECTOR. Sr. D. Pedro Mata, doctor en ciencias médicas.
Excmo. Sr. gefe político.
Excmo. Ayuntamiento constitucional de esta M. H. V.
Ilmo. Sr. D. Bonifacio Gutierrez.
Sr. D. Bartolomé Obrador.
Sr. D. Cándido Callejo.
Sr. D. Dionisio Villanueva y Solís.
Sr. D. Enrique Ataide.
Sr. D. Francisco Alonso.
Sr. D. Francisco García Desportes.
Sr. D. Gabriel Usera.
Sr. D. Joaquin Hisern.
Sr. D. José Maria Lopez.
Sr. D. José Calvo.
Sr. D. José Perez Flor.
Sr. D. Juan Castelló y Tagell.
Sr. D. Juan Drument.
Sr. D. Juan Francisco Sanchez.
Sr. D. Juan Fourquert.
Sr. D. Manuel Soler.
Sr. D. Melchor Sanchez Toca.
Sr. D. Patricio Salazar.
Sr. D. Rafael Saura.
Sr. D. Ramon Frau.
Sr. D. Ramon Altés.
Sr. D. Tomás Corral.
Sr. D. Tomas Santero.
Sr. D. Vicente Asuero.

Junta Directiva.

PRESIDENTE.	Dr. D. Pedro Mata.
TESORERO.	D. Bernardo Martin Sacristan.
SECRETARIO 1.°	D. Anastasio García Lopez.
SECRETARIO 2.°	D. Ecequiel Carnicer.
VOCALES.	D. Manuel Cubas.
	D. Cenon Basco.
	D. Julian Deleito.
	D. Antonio Llamas.
	D. Vicente Sagarra.
	D. Bonifacio Montejo.
	D. José Diaz Benito y Augulo.
	D. Alejandro Sampedro.
	D. Basilio S. Martin.
	D. Lázaro Savalegui.
	D. Pedro de Aróstegui.
	D. Josè Cortina.
	D. Antonio Silva.
	D. Ramon Zamarripa.

Socios de Número.

D. Agustin Marauri.
Agustin Rica.
Alejo Gonzalez de los Rios.
Alejandro Peis.
Alejandro Sampedro.
Antonio Catan.
Antonio Llamas y Góyeneche.
Antonio Gamez.
Antonio Silva.
Anastasio García Lopez.
Antonio Menseguer.
Antero Arrieta Gonzalez.
Andrés Ayllón.
Antonio Moreno.
Antonio Flores Vidal.
Antonio Sanchez de los Reyes.
D. Andrés Gonzalez y Gonzalez.
Antonio Bellod.
Antonio Ramon Benitez.
Antonio Morlanes.
Angel Morlanes.
Basilio Ruiz Morcillo.
Basilio S. Martin.
Benito García Fernandez.
Benito Sola.
Bernardo Martin Sacristan.
Bernardo Cabañas.
Bonifacio Montejo.
Benito García de los Santos.
Cristóbal Calleja.
Cirilo Gallego Azuar.
Cenon Basco.

D. Clemente Pablo y Navajas
Domingo Perez Gallego.
Dionisio Ortiz y Arricia.
Eugenio Garcia Sanz.
Ecequiel Carnicer.
Epifanio Berrueco.
Francisco García Acimonte.
Felix Salgado Valdés.
Francisco Gomez Monge.
Francisco Vicario Arboso.
Fernando Pulido Casero.
Faustino Antoñaño.
Francisco Monedero.
Francisco Gonzalez Sanchez
Francisco Torregrosa.
Fulgencio Hurtado.
Francisco Aguado.
Francisco Oliver.
Felix Villajos.
Federico Perez.
Francisco Jurico.
Francisco Velarde y Gardiazabal.
Francisco Antonio Arraiza.
Fermin Urdapilleta.
Francisco Ramirez.
Francisco Serrano y Curruchaga.
Ginés Moncada.
Gil Rubio Martinez.
Gregorio Puente. de la Serna
Guillermo Laso. de la Vega
Gabriel Murillo.
Hermenegildo Cortazar.
Ignacio Gomez Añovitia.
Ildefonso Alamillo.
Ignacio Gomez y Carrasco.
Isidoro Sanchez Solorzano.
Ildefonso Medina.
Ildefonso Sanchez Morate.
Josè Cañizares Martinez
Josè Montesinos Estrada.
Joaquin Simarro Vazquez.

D. Juan Bosina y Plá.
José Maenza.
Juan Moyano Alcaide.
Juan Almansa.
José Ortiz Palacios.
José Vidaola.
Juan Hernando Felipe.
Juan Vicente Bartolomé.
José Ramon Berrcicoechea.
Josè Baldomero García.
José Diaz Benito y Angulò.
Juan Gutierrez Moreno.
Juan Francisco Gallego.
Joaquin Antonio Malo.
Juan Fernandez.
Josè Caquia. y Espinosa
José Aceña y Navarro.
José Ramon Martinez.
José María Blanco y Allú.
José Yañez de Zuarza.
Joaquin Gonzalez de la Peña
Julian Deleito.
José Linacero.
José Garcia Casares.
Juan Josè Gonzalez.
Justo Gimenez de Pedro.
José Vilches.
Joaquin Rodriguez.
José Cortina.
José Giraldo Vergaz.
José María Valenzuela.
Joaquin Segado. Valdes
José Fernandez Vilches.
Juan Alonso Gil.
José Serrano y Apolinario.
Joaquin Llopiz.
Juan Martinez Leon.
Josè Romero.
José Navarre e.
Juan Villa y Villa.
Juan José Ruiz.
Juan de Cosas.
Juan Jorge de los Rios.

D. José Meseguet y Huertos
Lázaro Savalegui.
Luciano Pantoja.
Luis Gorgue Gonzalvo.
Lorenzo Led Perez.
Laureano Castellana Ramos.
Lucas Modet y Villodas.
Miguel Alcantú. y Palacios
Manuel Terroba. Barrena
Mariano Mendez. Zabaleta
Martin Correas. Cuenca
Miguel Yavuti. y Canal
Manuel Diaz Gomez (a) Parl.
Manuel de Lama.
Manuel Perez de Cubas.
Manuel Maquivar.
Modesto Pastor y Benito.
Manuel Gonzalez Jonte.
Manuel Lopez Cano.
Mariano Vallejo y Dávila.
Manuel María de las Matas.
Miguel Gomez y Valero.
Matías Redondo.
Mariano Benedicto.
Manuel García Manglanos.
Manuel García Coronado.
Mariano Leon y Muñoz.

D. Miguel Morote y García.
Nicolás Fernandez.
Pedro de Aróstegui.
Pedro Carnicero Cardiel.
Pablo Gil Vela.
Pedro Gimeno Sacristan.
Pedro Gomez Bernal.
Plácido Builla.
Rafael García Calvente.
Rafael de la Hoz.
Roman Atienza.
Ramon de Zamarripa.
Salvador Llamas Anton.
Simon Matías Angulo.
Siro Guzman y Gonzalez.
Segundo Blanco y Beltran.
Tiburcio de Larrinaga.
Teodoro Florez Herguez.
Tomás Gondin y Gondin.
Telesforo Masero.
Valentin Marroquin.
Victor Martin y Rodas.
Vicente Sagarra Baquero.
Vicente Blasco.
Venancio Sanz.
Vicente Crespo y Leal.
Vicente Muñoz y Segobia.

DISCURSO INAUGURAL

leido en el dia de la instalacion pública

DE LA

SOCIEDAD MATRITENSE

de socorros mútuos

DE ALUMNOS MEDICO-CIRUJANOS

por el Director-Protector *de la Corporacion*

EL DR. DON PEDRO MATA,

Catedrático de medicina légal de la Universidad de Madrid, Socio de honor y mérito de varias sociedades científicas nacionales y estrangeras.

SEÑORES:

Hoy no vengo á llamar vuestra atencion sobre una cuestion científica; hoy no iré en busca de vuestra inteligencia sino de vuestro corazon; hoy os hablaré de filantropía. Esta funcion es una fiesta celebrada en honor de la humanidad; es un acto público y solemne del culto generoso que las almas sensibles se complacen en consagrar á esa deidad bienechora; es el primer movimiento de un gérmen de virtudes que desarrollado con el tiempo, bajo el calor vivificante de la asociacion, tal vez no solo arraigue entre los alumnos de nuestras escuelas la mansedumbre, la caridad y el sacrificio tan recomendados por el Dios que espiró en el Gólgota, sino que generalice entre los profesores del arte de curar esa moral sublime que tanto está reclamando la santidad de nuestro ministerio.

Ninguno de vosotros pondrá la menor duda en la solidez de esta risueña esperanza desde el momento en que fije su atencion en el objeto benéfico y consolador que se han propuesto con su bien concebida sociedad de socorros mútuos, los alumnos de la facultad de medicina de

esta corte. Dignaos abrir su sencillo reglamento, impreso ya y circulado por todas partes, y en su primer artículo os detendreis agradablemente sorprendidos, viendo que esos generosos jóvenes se han asociado para socorrerse mútuamente con los medios científicos y demas ausilios que puedan necesitar en sus enfermedades, conducir al cementerio de una manera decorosa los restos mortales del asociado que tuviere la desgracia de fallecer, y procurar por último la posible asistencia y bien estar de los que por causas no infamantes fueren reducidos á prision.

En estas tres bases, que han de parecer tan sencillas, tan comunes, tan fáciles de encontrar en la vida práctica, reside un fondo inagotable de virtudes que solo pueden ser debidamente apreciadas y comprendidas, ecsaminando con detencion los desarrollos que dichas bases tienen en el mismo reglamento y mas aun los resultados positivos que cuanto antes debe dar esa caridad humilde y generosa que va á desenvolverse con los estímulos de la mas noble emulacion. Permítase que me detenga un instante en cada uno de los estremos que abraza el laudable objeto de nuestra sociedad y acabara de hacerse patente el bien que su estado floreciente ha de verter á manos llenas sobre todos sus inscritos.

Figuraos, señores, la situacion de uno de esos jóvenes que destituidos de todo, menos de constancia y de talento, se atreven á lanzarse á la carrera médica con la temeridad del pescador que en una frágil barquilla se engolfase en un mar tempestuoso. Hijo de padres pobres y oscuros, si sale de su lugar, será sin una moneda en el bolsillo y sin una recomendacion que le facilite una persona protectora. El cura párroco y el maestro de escuela han advertido en él algunos rasgos de genio y sin pensar en el daño que involuntariamente hacian han dispertado con indiscretas alabanzas una ambicion fatal que engendrará mil sinsabores. El horizonte del lugar es ya estrecho para el muchacho cuyo talento ha encarecido el cura ó el preceptor, y mientras su afanoso padre está cortando en el bosque un mango de encina para asociar á su hijo á los labores de la labranza, el mal aconsejado adolescente abandona la cabaña en que nació: con una lágrima en las mejillas se despide del valle, del monte, del torrente, teatros un dia queridos de sus juegos infan-

tiles y despues de haber dirigido su última mirada al campanario de la aldea que asoma por encima de los árboles como para espiarle en su fuga, se aleja mas y mas siempre arrastrado de una fuerza al parecer providencial que le conduce á un porvenir muy dudoso en verdad, pero para él cien veces mas lisongero que el manejo de los utensilios agrícolas. Desde este momento crítico y terrible en que el presentimiento de una fortuna lejana ó la fuerte voluntad de mejorar de posicion social, parecen abogar por un dado tiempo los sentimientos filiales, empieza la nunca interrumpida série de privaciones, azares y sufrimientos que han de constituir al cuitado prófugo en un martirio contínuo é ignorado de todo el mundo; porque ese pobre jóven estará solo desde que se aleje del regazo de su madre, sus ayes y suspiros se perderán en el viento y la palidéz de su semblante á nadie interesará porque descubrirán en sus vestiduras el sello de la miseria. Ah! señores, si pudiéramos saber los pensamientos amargos que se agitarán debajo de esa frente escuálida y precozmente envegecida por la tristeza! Si pudiéramos contar los latidos tumultuosos de ese corazon tan pronto vigoroso y dilatado con el calor de la esperanza, tan pronto débil y oprimido por el frio del desaliento, cuantas escenas dramáticas, cuantos misterios tristísimos encontrariamos en esa oscura ecsistencia, en ese pobre estudiante con quien nos rozamos todos los dias, á cuyo lado nos sentamos en los bancos de la escuela y con cuyo talento tal vez luchamos en vano, cuando se presenta en el palenque literario á disputarnos un premio? Todo esto pasa desapercibido para la multitud holgada y bien asistida. Ese oscuro martir que cuenta como el reo en capilla los minutos, que á cada sol que se pone le parece descargarse de una parte del peso que le agovia, que fija en el dia de su reválida el tèrmino de sus cuitas y vé en el partido que le reciba su tierra de promision; antes de alcanzar el fin de su larguísima carrera ¡cuántas veces no habrá llorado como el hijo pródigo de la divina parábola su fuga de la casa paterna! ¡cuantas veces no habrá perdido de vista esa estrella polar que en su agitada navegacion le guia! ¡cuantas en fin, en la mayor crudeza de su adversidad constante no le habrá puesto la desesperacion á un paso del suicidio! Su biografía seria un martirológio. Abandonado como las aves al cuidado de la provi-

dencia, los pocos instantes que defrauda al estudio, los ha de dedicar á alguna industria siempre áspera y costosa que apenas le permite cubrir sus indispensables gastos. El puede reducirlos á su último estremo por lo que toca á su persona, mas en las puertas de los establecimientos literarios se ecsigen las mismas cuotas á los pobres que á los ricos. Su dignidad, su grandeza de ánimo (porque tambien hay grandeza de ánimo y dignidad en la indigencia que no se prostituye) le hacen devorar en silencio las amarguras de su escasez y huye de la limosna como de un cebo emponzoñado que acabaria por enervar la fortaleza de su espíritu y esponerle á mancillar la virginidad de su honra. Vanamente empero pretende echar el velo del disimulo sobre su apurada situacion. Este velo es transparente. Sino se advierten en su semblan'e los surcos de sus lágrimas secretas, ni en su trage los esfuerzos de la mas austera economía, vedle en los ardores de la canícula abandonar su guardilla y buscar como un filósofo de los jardines de Academo, la amiga sombra de un olmo del Buen Retiro donde pueda entregarse al estudio bajo la influencia de mejor temperatura. Vedle en lo mas crudo del invierno, cuando tiende el Guadarrama sobre Madrid su frio manto de nieve, solo en su albergue sin lumbre, malguardado de la inclemencia junto á una mesa de pino escribiendo una disertacion ó acaso..... una carta apasionada! Porque es preciso no olvidar que ese jóven no es todo inteligencia; porque es preciso recordar que tiene tambien un corazon susceptible de pasiones, y quien sabe si ese corazon tan trabajado por la desdicha late tambien cautivo de una muger! ¡Quién sabe si la reválida no es ya la simple esperanza de un estudiante que vé en su diploma de profesor el término de sus ingratas privaciones, ó los medios de socorrer á su familia; sino la suspirada condicion de un himeneo dichoso que irá á arrojar al fin algunas flores sobre una ecsistencia hasta la sazon tan árida!....

Ahora bien, señores; ¿se atraviesa ese largo espacio tan erizado de quebrantos y sufrimientos; se yerra por tantos años en ese desierto de la vida, sin que se resienta la salud de ese interesante alumno: verdadero anacoreta de las ciudades, que asi sabe sobrellevar todo lo crudo de su miseria? No por cierto. Es demasiado íntima la trabazon del físico y del moral del hombre para prometerse en

semejante posicion un privilegio que hasta envidiára Aquiles, ese famoso protagonista de la Iliada á quien nos presenta Homero tan solo vulnerable por una escasa parte de su cuerpo. Cuando no sean los malos alimentos, el poco abrigo, una habitacion insalubre, basta la afliccion del ánimo ó los escesos del estudio y del trabajo para tender en el lecho del dolor al estudiante desvalido. Pues bien; suponedle enfermo á ese estudiante á quien os acabo de bosquejar tan abandonado de todo lo que hace bella la mansion sobre la tierra. ¿Quién se compadecerá de su situacion para asistirle? ¿Quién le tendrá esos cuidados minuciosos tan necesarios para sufrir la enfermedad y recobrar la salud perdida? ¿Quién le facilitará los medicamentos? ¿Quién se encargará, si se restablece, de que su convalecencia no sea prematuramente abreviada? Y si sucumbe, quién cerrará sus párpados, despues de haber recogido de sus labios moribundos esas palabras supremas, donde va envuelto el último pensamiento del alma, y el último sentimiento del corazon como un legado sacrosanto que es tan hermoso respetar? ¿Quién echará sobre sus restos inanimados el sudario, y dónde le enterrarán para que descanse en paz hasta la consumacion de los siglos? Recordad, señores, aquellos versos de Ovidio de tan triste y desgarradera verdad

Donex eris felix, multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubilla, solus eris.

El hospital, direis; hay hospitales donde la beneficencia pública tiende una mano protectora al indigente que ha perdido la salud. Es cierto: hay hospitales donde la caridad se esfuerza en paliar las llagas de nuestro cuerpo social: donde el desvalido encuentra hermanos en Dios que con tan laudable celo le hacen mas llevadera su desdicha. ¿Pero es esto todo lo que presentais á la imaginacion del estudiante pobre para desalojarle la idea horrible, que se ha formado de este último recurso del infortunio? ¿No temeis que ese socorro se parezca á esa esponja empapada de vinagre y hiel que aplicaron los judios á los labios del Salvador cuando desde el árbol de la Cruz dijo: *tengo sed*.

Lejos, muy lejos de mi intencion, señores, el lanzar sobre los establecimientos de beneficencia pública ninguna especie de cargo por los vacíos que encuentra todavía en ellos una imaginacion ecsaltada con el bello ideal de

la filantropia. Todos sabemos la historia de los hospicios. Todos sabemos que por muchos que sean sus defectos actuales, es enorme la distancia que va de sus beneficios á los que encontraban en la sociedad los enfermos pobres antes de esparcirse por el mundo la doctrina celestial del Evangelio. ¿Qué era ese ramo de beneficencia pública en los tiempos gentílicos? Preguntádselo á Herodoto, y os dirá que en algunas comarcas del Asia se esponia á los enfermos en los parages públicos para que los transeuntes diesen su parecer acerca de sus males. Preguntádselo á Diodoro de Sicilia, y os responderá que los egipcios se limitaban á encargarse de los soldados y viageros que caian enfermos, y que los indios mandaban mèdicos á los estrangeros que perdian la salud al abordar en sus playas. Consultad ademas la historia antigua, y hallareis que los romanos colocaban á los enfermos pobres en el templo de Esculapio ó los abandonaban en una isla del Tiber. En la aurora del cristianismo arrojábanse los inválidos de algun mal, en especial los esclavos, á los pies de los apóstoles de la nueva religion. Luego que hubo templos cristianos, se llenaban tambien de enfermos, reminiscencia pagana que empezaron á borrar los sacerdotes, constituyendo hospicios junto al cuerpo de sus iglesias, y que acabaron de hacer desaparecer en lo sucesivo los Justiniano, los Teodórico de Italia, los San Luis, los Guillermo el conquistador y demas personages poderosos, edificando hospitales particulares á imitacion del sublime ejemplo que les dió la matrona romana, amiga de San Gerónimo, la generosa Faliola. Considerados los actuales establecimientos de beneficencia pública con los de aquellos tiempos, la humanidad se siente muy consolada.

Pero yo vuelvo á mi idea, señores, y no quiero apelar para sostenerla á los artificios de la oratoria, ni á los argumentos de una filosofía sutil; yo apelo á vuestras conciencias, á vuestros propios sentimientos. Representaos un hospital con todas las condiciones mas ventajosas y decidme francamente si vuestra imaginacion estaria tranquila en el triste caso de veros obligados por un revés de la fortuna á tenderos en uno de sus lechos de dolor? Decidme francamente si llenos de esas necesidades y preocupaciones sociales que hasta se desarrollan en la miseria puesta en contacto con el gran mundo, decidme, repito, si ademas de la enfermedad del cuerpo no sufrie-

rais otra de espíritu cien veces mas rebelde á los recursos del arte. Pues esa enfermedad del alma, esas alarmas espantosas que os habian de asaltar con gravísimo peligro de vuestra vida son las que me hacen estremecer por la situacion terrible del estudiante pobre y enfermo. Ellas y las consideraciones que de ellas nacen, son las que me han conducido á descubrir en el primer estremo del objeto que se propone la sociedad de socorros mútuos un torrente inagotable de consuelos para el alumno asociado que bajo el influjo de estas ó aquellas causas morbíficas tenga necesidad de una asistencia agena. Lo que le seria de todo punto imposible aislado, lo obtiene con facilidad reunido, y no hablo precisamente, de lo corporal de lo puramente relativo á los medios materiales de esa asistencia bien entendida, vasta y completa que el reglamento le asegura; aludo á otros ausilios de superior gerarquía, aludo á esos cuidados caritativos, á esos remedios morales, á esos consuelos puros que no son reglamentarios, que no se escriben jamas en el papel, pero que están sellados con el buril de la naturaleza en el corazon de la juventud siempre dispuesta con su abnegacion heróica á sacrificarse por el débil, por el menesteroso, por cualquiera de sus semejantes, en fin, que tenga atravesada en el alma alguna daga por la mano del infortunio. ¿Quién de vosotros, al acudir al domicilio de un socio enfermo, irá tan solo por cumplir con lo que el reglamento prescribiere? No; no está vuestro corazon tan enjuto, no son vuestras entrañas tan frias para buscar en los artículos de un reglamento el modo de asistir á un condiscípulo cuya salud se ha quebrantado. En estos momentos de moral práctica no necesitareis de instrucciones aprendidas; todo lo adivinareis; vuestra sensibilidad os hará las veces de inteligencia. Este enfermo, os direis, está desamparado, no tiene aqui su familia, no está su madre á la cabecera de la cama como una providencia que todo lo previene; nosotros, pues, le ampararemos, nosotros seremos su familia, nosotros redoblaremos nuestro celo para suplir en lo posible los cuidados de lo mucho que le falta.

¿Cuál de vosotros, al haceros estas reflecsiones, no sentirá en su rostro las llamaradas del entusiasmo? Quién no querrá rivalizar en celo y abnegacion? Quién se quedará satisfecho de sus obras, si no puede compararlas con las de un San Vicente de Paul?

Ved, pues, señores, si anduve desacertado al encare-

ceros la asistencia prometida por la sociedad á sus inscritos enfermos, como un recurso para el estudiante pobre que perdiese la salud cien veces mas ventajoso y aceptable que los socorros del mejor hospital del universo. La caridad, el celo, esas medicinas del alma en los establecimientos públicos, no pueden ni deben singularizarse. Su carácter verdadero es la generalidad, y esto hace que esos consuelos, aunque morales, tengan algo de material en su efecto; la generalidad los diluye, y el corazon del enfermo los siente menos.

Tal vez digan algunos en este instante, enhorabuena; convenimos en que ese estudiante que nos has dibujado á tu placer, hijo de pobres aldeanos, prófugo de la casa paterna, y siempre acosado de la miseria como de una maldicion, encontrará en la sociedad de socorros mútuos estos consuelos indisputables, cuando tuviese la desgracia de caer enfermo. Pero estudiantes que se encuentren en esas circunstancias tan tristes los hay pocos; de escasa fortuna algunos habrá; pero prófugo de su casa tal vez ninguno: quien mas quien menos, todos recibimos de nuestra familia las asistencias, y no es tan reducido el número de los que ostentan en su semblante el fresco color del bienestar, que son los primeros en lucir las últimas modas, que pisan salas alfombradas, que tienen en verano huertas y jardines, y en invierno estudian recostados en su butaca al amor del fuego de su lujosa chimenea. Estos no necesitan de sociedades ni de socios que los cuiden sanos ni enfermos; sus propios recursos les bastan para hacerse asistir cumplidamente, y no les han de faltar amigos que reemplacen á su familia.

Tal será, señores, el razonamiento especioso que se habrá hecho á sus solas mas de un alumno, en especial si es de los que no han conocido hasta ahora las mortificaciones del pobre. Mas que no se abandonen demasiado a su confianza. Si ellos están libres de esas angustias que he bosquejado con respecto al estudiante menesteroso no están esentos de sentir esos vacíos que hasta encuentran las personas acaudaladas, cuando la enfermedad los sorprende en un viage. ¿De qué les sirve el oro si los que le asisten le son estraños? Con dinero uno se procura, es cierto, todo lo ma erial, tiene lujoso cuarto, buenos alimentos, medicamentos preparados en los establecimientos farmacéuticos de mas nota, médicos distinguidos, multitud de criados. Pero buscad en un momento de

reposo ó de dolor algo mas que eso; pedid sentimientos puros, espontaneidad de celo, improvisacion de cuidados, paciencia cariñosa, interés sincero, sacrificios... todo esto lo buscareis en vano, porque nada de esto se compra. En medio de ese lujo, de servicios, de ese aparato de celo, de esas manifestaciones dirijidas á justificar las crecidas cuentas que se os preparan, cuántos pequeños cuidados echareis de menos, cuántas veces os acordareis de vuestra familia y del modo como estabais asistidos en vuestro hogar! Una persona tendreis al menos constantemente en la memoria. Vuestra madre, esa muger irremplazable en cuyo semblante veiais siempre el movimiento, la marcha de vuestra enfermedad. Sus miradas, el acento de su voz, sus movimientos eran el espejo fiel donde se retrataban hasta el menos perceptible de vuestros síntomas. No se os daba el caldo ni frio ni abrasador, no sonaba el reloj la hora en que el médico hubiese prescrito un remedio que esa infatigable muger no estuviese ya con él á la cabecera de la cama. Ella os abrigaba, ella os ablandaba la almohada, ella escuchaba vuestra respiracion, ella os pasaba la mano por vuestra frente, ella acudia á todas vuestras necesidades; carecia de sentidos para las cosas repugnantes; no se cansaba nunca, olvidaba el sueño, descuidaba los alimentos, su tocador estaba lleno de polvo, escepto el cuarto del hijo enfermo, andaba toda la casa revuelta; solo os dejaba para seguir al médico y contarle hasta el pormenor mas insignificante, haciéndole repetir una vez y otra que no habia peligro; luego venia y os hacia cien preguntas, y os preguntaba cien veces lo mismo hasta fatigaros con su celo y obligaros á afligirla con un gesto ó con una espresion de mal humor. Todo esto, que solo se sabe sentir cuando falta, lo recordareis el primer dia en que perdais la salud. Y entonces ¿qué hareis con el dinero que vuestros padres os envian? Podreis comprar con él esos cuidados? Con mas furor se arrancaria el oro de las entrañas de la tierra, si tambien nos procurase esos celestiales goces; mas entonces no seria una arma del diablo, seria una dádiva de Dios.

Es que tampoco nos dará la sociedad esos cuidados, replicareis: estamos conformes: una madre en el cariño no tiene reemplazo: mas la sociedad os dará asistentes que iran á satisfacer una deuda de caridad sagrada para ellos, desde el momento en que unidos todos en una corporacion de objeto tan filantrópico se hayan dicho *esta*

institucion será una verdad. Esos asistentes serán jóvenes y en el corazon de la juventud se agitan sentimientos muy semejantes á los que animan el de una madre. El amor de una madre y el entusiasmo del jóven son dos sublimes creaciones de un mismo género : la naturaleza las concibió sin duda para suplirse y en efecto adviértese en el fondo de cada uno un desinteres y abnegacion tan heróicos que no se conocen sacrificios de que no sean capaces una madre y un jóven.

Resulta pues de cuanto llevo espresado que ora le trabaje la escasez, ora le sonria la fortuna el alumno que tome parte en la sociedad de socorros mútuos podrá contar cuando enfermáre con ausilios materiales y morales que vanamente buscaria abandonado á sus propios recursos, y en su estado de aislamiento. Resulta igualmente que aun cuando la sociedad no le proporcionase mas ventajas seria digna de que se hiciera de sus institutos la mas lata apologia.

Pero hay mas, señores; la sociedad no se limita tan solo á prestar al alumno enfermo, cuanto pueda necesitar durante el curso de su dolencia. Despues de facilitarle facultativos, medicamentos, mejor alojamiento si el habitual no es á propósito, alumnos que le asistan de dia y noche y fondos con que cubrir sus gastos; en el triste caso de ser infructuosos los recursos del arte para arrancarle de los brazos de la muerte; cuida la corporacion de suministrar al alma del moribundo los ausilios espirituales que nuestra religion previene, y cuando el infeliz enfermo termine su carrera en este valle de lágrimas volviendo al Criador su espíritu y á la tierra el polvo de que fue formado, no se dá la sociedad por satisfecha echando sobre el cadaver el sudario y murmurando con el sacerdote las salmodias fúnebres para abandonar en seguida sus despojos á manos mercenarias que les den su irrevocable destino. Oid lo que se lee en el artículo 11 del reglamento, al tratar de los funerales.

«A todo el que haya fallecido se le continuará vigilando con el mismo cuidado y celo que si aun viviese, dejándole en su cama y cuarto con el abrigo y ventilacion que la estacion exija y empleando los medios por la ciencia recomendados para volver la vida á los que yacen bajo el influjo de un accidente ú estado patológico susceptible de ser confundido con la muerte. Estos cuidados no cesarán hasta que una comision de alumnos médicos-ci-

rujanos de 7.º año que se nombrará cada seis meses, manifieste hallarse el cadáver en estado de deposi árle, guardando en esta declaracion las reglas establecidas en medicina legal. »

Meditad señores un momento sobre estas disposiciones altamente humanitarias; ved si no se encierra en ellas un sentimiento profundo y vasto de caridad puesto en práctica de la manera mas sencilla. Todos vosotros sabeis lo que pasa, no diré en los hospitales ó establecimientos públicos, sino en las mismas casas particulares, desde el momento en que el enfermo exala el último suspiro. Un alarido general lanzado por los deudos es el coro plañidero que acompaña las oraciones del ministro del Señor; moja el hisopo el lienzo con que se oculta el rostro del cadaver, el sacerdote sale rezando; acaso le sigue el médico con la humillacion del vencido en el semblante y la alcoba queda desierta. El olor sepulcral que en ella reina aleja á todos de ese lúgubre recinto. Creidos de que el difunto no reclama ya cuidado alguno, le abandonan á las manos de personas, cuando no asalariadas, indiferentes que invaden el aposento con cierta profanacion; abren de par en par las puertas ventanas y balcones, aunque se esté en lo mas aterido del invierno; cogen el cadáver por los brazos y los pies sin respetar muchas veces el pudor que todavia le es debido y le arrojan en el suelo como un mueble que es indiferente conservar ó destruir. Este ultraje le recibe para que se levante la cama y se dé ventilacion á los colchones que el moribundo infestó con sus emanaciones cadavéricas. En seguida, antes que se ponga rigido y dificulte por lo tanto la operacion; se le desnuda, se le amortaja sirviendó tal vez su misma inercia de motivo para algun chiste sacrílego. Ataviado para la tumba ya se le tiende sobre las negras bayetas del Hospicio; el carpintero le toma la medida para su ataud; levántase un blandon encendido en cada ángulo de su féretro y abandonándole en una pieza apartada, donde dè principio la soledad del sepulcro se aguarda que venga por él el coche fúnebre y le segregue cuanto antes del gremio de los vivos entre los cuales no puede ya permanecer sin ser nocivo á su salud.

Tal es, señores, la historia esacta de lo que acontece en la generalidad de casos por no decir en todos, cuando uno deja de existir. El dolor de los deudos por un lado, por otro la costumbre y el descuido de nuestras ins-

tituciones, dan lugar á estas profanaciones y sacrilegios que hasta repugnan á los que por sus creencias materialistas no ven en esa masa inerte ningun destello de la divinidad. Quien no se siente penetrado de dolor é indignacion al mismo tiempo solo al considerar que asi se trate el cadaver de un padre, de una madre, de una esposa, de un hijo, de cualquiera persona en fin que nos haya sido muy amada.? Y sin embargo, todos á poca diferencia son tratados asi; nosotros no lo vemos; las lágrimas nos empañan los ojos y los amigos nos arrastran á la fuerza lejos de esas terribles escenas y hasta de nuestras propias casas.

Hay mas aun: suponed que ese infeliz enfermo no ha espirado todavia, que le ha dado uno de esos accidentes espantosos tan semejantes á la muerte capaces de engañar la misma perspicacia del mas hábil facultativo. ¿Quien no se alarma al pensar que esas malas prácticas, que esas inconsideradas precipitaciones son mas que suficientes para agravar una crisis y convertir una muerte aparente en una muerte verdadera? ¿Y quien no se horroriza solo al imaginar que, siendo muy apropósito esas irreverencias para prolongar un engañoso estado de muerte se espone el infeliz enfermo á ser amortajado y enterrado en vida? Podeis concebir señores, los horribles tormentos de ese desdichado que vuelto en sí por el frio de la tumba, se encuentra falto de luz, de aire y espacio para moverse, y con la certeza aterradora de que sus gritos absorvidos por la tierra que le cubre no han de llegar ni á consultar al pájaro nocturno que anida en el ciprés inmediato?

Ah! señores, si lo consignado en este artículo hubiese sido una ley para los pueblos civilizados, no leeríamos hoy en las obras de los Bruhier, de los Zachías, de los Barnades, etc., tantos espantosos casos de personas enterradas vivas. Esos funestos resultados de nuestra incuria, del abandono á que entregamos á cualquiera los despojos de los que espiran en el lecho del dolor, han sido, son y serán mas frecuentes de lo que pudiera creerse, y todo es debido ciertamente á esas viciosas prácticas que acabo de describir. He aqui porque me complazco en aplaudir como una medida altamente filantrópica esa disposicion por la que los cadáveres de los alumnos asociados serán asistidos con el mismo cuidado y celo que si fuesen personas dotadas aun de vida, hasta que una comi-

sion intelijente declare que ya es hora de cesar los socorros prescritos por la ciencia y amortajar al finado. En ella se nos dá una garantia segura de que no serán ultrajados vuestros restos, de que no terminará en mal por falta de respeto y de cuidados una crísis que pudiera presentarse con todas las apariencias de un estado mortal; de que ninguno de vosotros, en fin, descenderá al sepulcro para conocer en su oscuridad los horrores de la muerte, como los hubieran conocido los Prevort, los Cirilo, los Weinslou, y como los conocieron por su desgracia tantas víctimas de accidentes y batallas en cuyos cadáveres se han encontrado las espantosas huellas de su desesperacion. Veo tambien que en esta sábia medida la sociedad de socorros mútuos se ha colocado dignamente á la cabeza de una reforma tan necesaria como trascendental en nuestras costumbres funerarias; y digo á la cabeza porque me parece imposible que, tanto el gobierno como los particulares, en cuanto tengan noticia de tan acertada disposicion, no se esfuercen á hacerla general, y de obligacion muy estrecha. En este mismo capitulo, donde tan feliz idea está consignada, encuentra el alma sensible otros motivos de enternecimiento y complacencia. La sociedad, como si quisiese retardar todo lo posible el momento en que debe abandonar á la eternidad los despojos del socio que perdiere, no renuncia todavia á su posesion aunque ya los guarde el ataud. Un coche fúnebre con cuatro caballos, una música militar, la corporacion entera acompañará al cadáver, colocándole en una sepultura propia, á cuyos bordes, antes de caer la lápida sobre el difunto, resonará entre gemidos el elogio de sus talentos y virtudes. Tan solo un corazon empedernido ó desnaturalizado, con los sofismas de una filosofia escéptica puede dejar de sentir la ternura que estas disposiciones infunden. Ese coche, esa música, ese acompañamiento, esas oraciones fúnebres, esa sepultura propia se confeccionan en un bálsamo moral que inundando de entorpecimiento el alma no la deja sentir toda la viveza de sus punzantes dolores. Desdichados de los que no encuentran en semejantes demostraciones significacion ni emblema alguno! Ellos no ven en un cadáver mas que una masa inerte, para la cual es indiferente è inútil todo cuidado que no sea una medida sanitaria. Gradúan de preocupacion añeja ese respeto natural que desde la antigüedad mas remota han tributado todos los pueblos á los despo

jos humanos, ó por lo menos le miran como puramente convencional por la especiosa razon de que en unos puntos se espresa ese sentimiento por medio de mausoleos y pirámides; en otros por medio de hogueras; aqui en embalsamamientos esmerados, allá con banquetes repugnantes, donde son servidos los mismos restos del difunto. No queriendo ver en las exequias, racionales ó bárbaras, otra intencion que el último alhago de la vanidad humana ó una lisonja al amor propio de las familias, pasan para ellos desapercibidas un sin número de emociones íntimas y de goces melancolicos que hacen correr por las megillas una lágrima balsámica, tanto para el que la vierte, como para aquel cuyo dolor es el ídolo á quien se consagra este tributo delicado de ternura.

Es tristemente cierto que ese cuerpo inanimado, á quien ataviamos como para ir á alguna ceremonia, no es ya sensible á los obsequios, ni á los ultrajes. Para reconocer esta verdad espantosa, no necesitamos hacer alardes impertinentes de hombres despreocupados. Sin desconocer esta verdad amarga, podemos comprender como en ese cuerpo sin vida hay algo de sagrado que está exigiendo nuestros respetos. Hasta ahora no se conoce ningun pais, por bárbaro que nos le describan, donde los cadaveres sean tirados por sus deudos como se tiran los restos de irracionales. En esos mismos pueblos salvajes, donde el difunto es devorado en un banquete por la familia, recibe el cadáver las honras de un rito bárbaro y repugnante en verdad; pero para ellos sagrado. La forma de ese tributo es horrible, el fondo santo. En él se encuentra el mismo sentimiento que en los funerales del pais mas culto, asi como se encuentra el mismo sentimiento de la divinidad en las víctimas inmoladas á Tezcaliupa por los hijos de Motezuma que en las ofrendas suaves hechas en los altares del Redentor del mundo. Ese sentimiento es universal, porque es instintivo, inherente á la naturaleza del hombre, es idéntico en todos los paises y en todas las generaciones: su espresion es solo la que varia; ruda, bárbara, atroz entre salvajes; tierna, culta y llena de delicadeza en los pueblos civilizados.

Ni hay necesidad de apelar á estas consideraciones para convencernos de que en un cadáver resta algo todavia que no pertenece á la materia. Vosotros sabeis cuanto teneis que venceros para acostumbraros á las disecciones. Ese rostro térreo y apagado, esa mirada fija, esa inmovi-

lidad imponente que tanto nos impresiona, dan al cadáver un aspecto venerable, porque la muerte ha puesto en sus despojos el sello de su terrible magestad. No se necesita ser una muger tímida para conmoverse á la vista de este aflictivo espectáculo. Hasta los varones mas esforzados apartan sus miradas de un cadáver, y si el anatómico llega á familiarizarse con los muertos, atribúyase al gran poder del hábito, y mas aun á la idea ó fin científico que en las disecciones le preocupa. Es que ese cuerpo que todo lo ha perdido inteligencia, sensibilidad y movimiento, ejerce todavia sobre nosotros un influjo poderoso, guarda todavia un resto de sus medios de relacion; con su frio, su palidez y su inmobilidad nos espresa el primer paso de la nada; es un argumento de hecho contra nuestra duracion; es el espejo donde se refleja nuestra última hora. Por esto nos sentimos afectados: en ese cadáver vemos el nuestro: en lo que uno de nuestros semejantes es hoy, contemplamos lo que nosotros hemos de ser mañana, y si nos afligimos, si nos espantamos, no es porque ese cuerpo sufra, no es porque pueda hacernos daño alguno, sino porque una voz aterradora salida de esos despojos nos está diciendo: *Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que al polvo has de volver.*

La filosofia, cuando no la religion, encuentra en esto solo razones suficientes para aplaudir los funerales y desear que cuando lleguemos al término fatal de nuestros dias seamos conducidos al campo santo con cierta pompa, con un acompañamiento de amigos y allegados afligidos, y que se derramen algunas lágrimas sobre la tierra que nos recibe en su seno. Nada hay mas triste y desconsolador que ver conducir al cementerio un cadáver sin mas sudario que un lienzo usado, sin mas mortaja que su propio vestido, y sin mas acompañamiento que los enterradores; si hay un espectáculo mas triste, es verle echar en un hoyo comun, sin que ni una cruz de palo estendida entre las malvas y los hinojos recuerde un dia el nombre de ese individuo á los que han quedado aun sobre la tierra. ¿Y qué os diré, señores, de ese infeliz que no solo vuelve al seno de la madre comun con tanto abandono y soledad, sino que ni figura de ser humano presenta cuando pasa por nuestros anfiteatros?

Todos estos sentimientos son naturales. El alma los encuentra en el fondo del corazon y se complace en percibirlos. Ese grande dolor que nos abate cuando perde-

mos para siempre un objeto idolatrado ¿cuanto no se templa al ver que esa pérdida tan llorada por nosotros es llorada tambien por los demas? ¿Que bálsamo no se derrama por nuestro corazon al contemplar el objeto de nuestro dolor y amargura, serlo tambien de pesadumbre y respeto para nuestros amigos y allegados? ¿Con cuanta mas suavidad no corren nuestras lágrimas al ver ese coche fúnebre, ese vistoso ataud, ese cortejo enlutado y al escuchar los sentidos discursos con que se elogian las virtudes del difunto, y se deplora su siempre temprana pérdida?

Pero nada es comparable al meláncolico placer de tenerle todavia muy cerca de nosotros. No hay consuelo para un corazon sensible cuando el objeto que perdió yace confundido con cien cadáveres en lo profundo de una huesa comun ó forma parte de un hosario. Esto es realmente la separacion eterna. Mas, cuando uno sabe donde descansa el tierno objeto de sus aflicciones y desconsuelo, cuando uno puede arrodillarse encima de su losa sepulcral, besar la cruz donde está el nombre, colgar en ella una corona de siempreviva, llegar hasta el delirio de levantar esta lápida y la tapa del ataud para contemplar llorando los estragos que ha hecho la muerte en ese rostro tan querido; la distancia se ha estrechado; eso ya no parece la muerte; eso parece una ausencia que ha de tener su fin; el dolor se mitiga, se hace suave y llevadero y la razon no encuentra tantos obstáculos para sustituir al tumulto de nuestros padecimientos esa calma melancólica que es la genuina espresion de los dolores profundos.

Despues de estas consideraciones, señores, bien convendreis conmigo en que la sociedad de socorros mutuos, estableciendo que los cadáveres de sus sócios sean conducidos al cementerio con cierta pompa y colocados en una sepultura particular, ha sido verdadero intérprete de los sentimientos mas elevados y mas tiernos del corazon humano, mereciendo por lo mismo que se la coloque en primera línea entre las corporaciones filantrópicas, sin que por esto se entienda que sean tales sentimientos sus solos títulos á tan distinguida honra. Me falta todavia llamaros la atencion sobre otro estremo no menos humanitario, no menos digno de las almas grandes que los que ya llevo comentados. Dispensadme por un momento mas vuestra benevolencia y os convencereis de que la benéfica sociedad que hoy se inaugura no ha reducido á lo es-

puesto su firme voluntad de suministrar socorros á quien los necesitare.

Os he dicho mas arriba que la sociedad de socorros mútuos habia resuelto procurar la posible asistencia y bien estar de los asociados que por causas no infamantes fuesen reducidos á prision. Desde luego se comprende la estension de esta clase de beneficios.

Aun cuando no fuese la época borrascosa que atravesamos, en la que es fácil ser detenido sin haber faltado realmente á las leyes; sin haber cometido otro crímen ó delito que tener un enemigo ó una opinion, la fogosidad de la juventud, mil lances inesperados en que un estudiante pundonoroso ó poco discreto puede encontrarse durante su carrera lejos de la vigilancia de su familia, son bastantes ciertamente para esponerle á menudo á que sea conducido á la cárcel y encausado por mas ó menos tiempo. Esto solo justificaria el objeto de la sociedad al proponerse asistir al estudiante detenido. Nuestro sistema carcelario no admite diferencias entre el preso culpado y el inocente, entre el criminal endurecido y el delincuense casual; un mismo calabozo los encierra á todos y solo el que tiene recursos para pagar un alquiler exorbitante consigue ser tratado con deferencia, y encerrado en pieza aparte. Quien carece de estos recursos tiene que aguardar el fallo del tribunal con la vergüenza en el semblante, la indignacion en el alma y el sobresalto en el corazon. Solo el que haya apurado una vez este caliz de amargura se encuentra en estado de comprender el sufrimiento y la congoja que se apoderan de un preso honrado no tanto por respirar el aire infecto de un calabozo, como por mirarse rodeado de las heces de los pueblos. El hombre de educacion y virtuoso que es víctima de una falsa acusacion ó que realmente ha cometido un crímen arrebatado por la cólera ú otra pasion no menos violenta, no soporta con facilidad que se le confunda con los malhechores y asesinos. Espíe en buen hora sus estravios en el cadalso ó en el destierro; pero que no se le degrade revolcándole en el inmundo cieno de la carcel. Esa atmósfera corrompida que se respira en los calabozos, esas paredes ennegrecidas atestadas de maldiciones y obscenidades, ese suelo húmedo y cubierto de inmundicias; esa oscuridad mortífera y protectora de la crápula que se revuelve en esos antros, son en verdad mucho menos repugnantes que esos grupos de bandidos monstruos de inmorali-

dad, indígenas de esas lóbregas mazmorras de donde no suelen salir sino para ensangrentar su cuello debajo de la cuchilla del verdugo ó bien sus manos en las entrañas de los indefensos viageros. Entre ellos el preso honrado está peor que en un potro. Blanco de sus insultos y sarcasmos, es tal vez objeto de sangrientas maquinaciones, como nos lo bosqueja con la energía de su pincel privilegiado Eugenio Sue en sus misterios de París, cuando nos describe al virtuoso German siempre amagado por el sanguinario Esqueleto y sus cómplices atroces.

Si algun individuo de la sociedad de socorros mútuos tiene la desgracia de ser preso no irá á parar á ese lodazal inmundo. La corporacion cuidará de que se le dé un cuarto aislado y decente donde pueda aguardar el fallo de la ley sin que su dignidad sea ofendida ni ultrajada su persona. Allí le asistirá tanto sano como enfermo, no viendo en èl hasta la sentencia definitiva mas que un sócio desgraciado digno por su desdicha de proteccion y caridad. Solo desde el momento en que el tribunal condene al acusado á una pena infamante, dejará la sociedad de socorrer al sócio preso y aun en este caso lo verificará en el concepto de haber dejado desde entonces de pertenecer á ella. Rasgo sublime que envuelve con la mayor delicadeza dos ideas escelentes: la religiosidad con que han de ser cumplidas las promesas de la asociacion, y la protesta contra cierta proteccion del crímen que en el caso opuesto pudiera verse en la continuacion de los socorros.

Tal es, señores, la sociedad matritense de socorros mútuos formada por los alumnos médico-cirujanos de nuestra facultad de ciencias mèdicas. Vosotros direis, si estando animada de semejantes sentimientos, debia salir ya de su estado de crisálida y desplegar en una sesion solemne las esplendorosas alas de sus radiantes virtudes. Vosotros comprendereis tambien como he debido envanecerme de ser yo el encargado de dar á conocer públicamente esta sociedad tan útil y cuanta seria mi afliccion si no hubiese acertado en ser su fiel intérprete en este acto.

He dicho.

Madrid 30 de noviembre de 1845.

La premura con que se ha impreso esta Memoria, ha sido causa de que en algunos ejemplares se hayan deslizado las siguientes

ERRATAS.

				dice	*léase*
Página	2	línea	33	conseguir	realizar
	3		4	autorizado	autorizada
	15		15	envidiara	envidiaria
	19		24	desgarradera	desgarradora
	id.		26	núbilla	nubila
	17		38	lo mucho	la madre
	20		3	Clamor	El amor
	22		29	consultar	espantar
	23		9	Cirilo	Civile
	id.		34	En ese coche etc.	Con ese coche etc.
	id.		35	confeccionan en	confecciona
	25		34	estendida	colocada

